

—Como si la hubiera recibido—dijo el capitán apoderándose de la carta;—pero habeis de saber que vuestro asunto no es aun desesperado, querido amigo. Federico perdona muy amenudo, y siempre en el último momento. ¡Cuántas veces tiene ya el reo los ojos vendados cuando llega el perdon! Probablemente os salvareis, porque Federico está prendado de vuestro valor. ¡Qué diablos! Si se me hace pasar una mala noche para que se vuelva todo agua de cerrajas, vos tendreis la culpa. A no ser por este suceso, el rey me ha dicho que no me hubiera necesitado esta noche, de modo que hubiera podido volver á mi cama, donde me aguarda mi mujer, linda jóven aunque me esté mal el decirlo, con quien hace dos meses que no he dormido, y probablemente me aguarda con la misma impaciencia que yo siento. Ya veis si me habeis hecho mal tercio.

Y acompañó sus palabras con una risotada de satisfaccion.

—Sin embargo—continuó Ostermann que solia tener el vino algo expansivo y habia bebido mucho—la he encontrado muy triste hoy. Me queda el recurso de pensar que mi ausencia la habrá afligido tanto, que mi presencia no ha podido consolarla mas que á medias. Es menester que os cuente la historia de mi casamiento. Es una aventura muy curiosa que os distraerá. En el saqueo de no sé que ciudad... de Schwulnitz creo.... no lo sé de positivo. Habíanse esparcido los soldados por las calles robando, matando, quemando, etc., cuando de repente veo algunos que sacaban de una casa una jóven en el mayor desaliño, el vestido roto, los cabellos en desórden y lanzando gritos espantosos. Su padre luchaba en vano por defenderla. Esto me conmovió al principio, y estuve tentado por ponerme al lado del viejo; pero reflexioné y me dije: el oficio de militar es duro y no es prudente renunciar á sus pocas

ventajas. De repente se arroja el viejo á mis plantas y me dice: «Señor, vos que sois oficial, salvad á mi hija, le doy cien mil florines de dote.» ¡Cáspita! cien mil florines y una linda muchacha!... Esto me tentó, y á pesar del celibato que voluntariamente me habia impuesto, cerré el ajuste. En virtud de la subordinacion militar, hice que mis soldados me cedieran su botin, y ahí teneis de qué modo ha sido Margarita mi mujer; y por esta razon soy de la guardia real de infantería, porque es mas sedentaria, pues si no fuera casado perteneceria á los húsares.

—La misma fatalidad en nuestros destinos—pensó Cárlos.

—Entonces, dije para mis adentros, ¿qué voy á hacer yo de mis cien mil florines? No los daré á las mujeres, porque tengo una jóven y bonita. Mis defectos no pueden ser nunca tan grandes que puedan hacerme gastar esta crecida suma. Me hice jugador para empezar. En menos de un año lo perdí todo. Desapareció la dote, y me quedó la mujer. No es culpa suya... ¡pobrecilla!

Cárlos no pudo escuchar mas; se levantó y fué á tenderse en su cama.

—¡Y á este hombre—esclamaba para sí—ha sido prostituida en matrimonio! ¡A este hombre que ha usurpado el primero de los derechos que hubiera pagado mi amor en mi vida! ¡Y si yo viviera, tendria que abandonarla á ese miserable!... ¡Oh! mas vale morir!

—¡Hola! ¿quereis dormir?—esclamó Ostermann, sacando un voluminoso reloj—aun teneis cinco horas.... son las tres. Si viene el perdon no os despertaré y podreis prolongar el sueño.

—¡Ojalá fuese eterno!—murmuró Cárlos.

Esforzóse por dormir; pero el abatimiento en que se hallaba le hizo caer en una especie de letargo doloroso con intervalos de horrosas pesadillas y espasmos convulsivos.

Ora veía la cabeza de Margarita reposar sobre la suya; ora sentía que sus cabellos le azotaban las mejillas y sus labios le tocaban la boca; pero aquellos labios abrasaban como el fuego!.... aquella graciosa cabeza se agrandaba, aquella boca se abría asquerosamente, y la fantasma se evaporaba dando una carcajada horrible!...

Ora veía veinte fusiles dirigidos contra él... recibía veinte heridas, y ni una sola era mortal!...

Por fin, la claridad hirió sus ojos; era de día.

Levantóse y con gran dificultad pudo coordinar sus ideas; entre las cuales una sola le dominaba: la de impedir que Margarita, creyendo asistir á un tierno *rendez-vous*, asistiera á la ejecucion que habia de ser en el mismo sitio y á la misma hora que ella habia elegido.

De repente le ocurrió un feliz pensamiento: vió á Ostermann acodado sobre la mesa en que estaba su reloj.

Sus estrepitosos ronquidos eran una señal infalible de que dormía profundamente.

Las centinelas se paseaban sin parar mientes en lo que hacia Carlos.

Alentado este por tan propicia ocasion, cogió el reloj del dormido capitán, y le avanzó de una hora.

La ahuja marcaba las seis y media y Carlos la puso en las siete y media; é hizo despues ruido apropósito para que Ostermann despertára.

En efecto, despertó el capitán, y despues de bostezar, fueron sus primeros pensamientos, beber un vaso de vino, y mirar la hora.

—¡Cáspita!... las siete y media—esclamó.—He dormido más

de lo que creía. ¿No han traído ninguna orden para mí?—preguntó al sargento.

—Ninguna—le respondió.

—Lo siento—dijo Ostermann á Carlos—es preciso que me sigais. En verdad que aguardaba vuestro perdon.

—El rey puede hacerme gracia de la ejecucion—murmuró Carlos—pero no de mi destino.

Y salieron.

Entretanto, inquieta, impaciente Margarita no habia podido dormir en toda la noche.

Así que amaneció, no habiendo tenido respuesta alguna, dudó si haria bien en ir al bosque de San Enrique.

La esperanza de ver á Carlos debia alentarla; vistióse con precipitacion.

Hallábase tan profundamente preocupada, que no llegó á sus oídos el eco de una lejana explosion.

En el mismo instante en que iba á salir de su casa, presentóse en ella Ostermann.

—¡Sois vos!—esclamó palideciendo Margarita.

—Yo mismo... vengo antes de lo que pensaba. Es que quiero hacerte observar una cosa muy estraña. Mira este papel... ¿verdad que parece escrito de tu mano?

Diciendo estas palabras, enseñó á Margarita una carta manchada de sangre, con un ahujero redondo del tamaño de una oblea.

Margarita apoderóse temblando de la carta.

—¿Qué papel es este?—balbuceó.—Este ahujero... esta sangre... ¿qué significan?

—Nada en resumidas cuentas. Esta noche iba yo con el rey vi-

sitando las tiendas de campaña. La orden del día prohibía bajo pena de muerte encender fuego ó luz en el campamento. Vimos que habia luz en una tienda, entramos en ella, hallamos á un oficial escribiendo, y ahora mismo se le acaba de fusilar. Despues de la primera descarga, me dijeron los soldados que aun se movia, y para ver si vivia aun, pues en tal caso hubiera mandado que acabáran de matarle á fin de que el pobre diablo no padeciese, he metido la mano en su corazon para ver si palpitaba, y me he encontrado esta carta, cuya firma se ha llevado la bala. ¿No es cierto que parece letra tuya?

—¿Y el nombre de ese oficial?—preguntó Margarita con la voz de un herido que desea acaben de matarle.

—Cárlos Albergheim.

La naturaleza concede amenudo á los seres mas débiles, fuerzas inconcebibles.

Margarita no murió en aquel momento; pero iba á caer, y se apoyó contra una mesa.

—Parece que te afecta la noticia —dijo Ostermann.

En este momento fué interrumpida la conversacion por la llegada de otro oficial seguido de varios soldados.

—Capitan Ostermann—esclamó el recién venido— en nombre del rey, entregadme vuestra espada.

—¡Mi espada!... ¿por qué razon?

—Por haber fusilado una hora antes de la señalada en la orden del rey al señor Cárlos Albergheim. Son ahora las ocho menos cuarto; hace mas de media hora que está fusilado el infeliz y la ejecucion debia verificarse á las ocho. Yo tenia el encargo de S. M. de llevar el perdon, y al reclamar un valiente, me han entregado un cadáver.

—¡Y vos le habeis asesinado!—esclamó Margarita desesperada y loca.—Sabedlo, pues, asesino, la carta que habeis hallado junto á su corazon... era mia... mia... porque le amaba con frenesí!... No soy una esposa adúltera... pero soy una mujer amante!... Sí... sí... era mi nombre el que se ha llevado la bala con el corazon de Cárlos.

Y la infeliz, despues de una horrorosa convulsion, murió de dolor.

El capitan Ostermann era inocente, porque sabe ya el lector que Cárlos habia adelantado la hora para evitar el encuentro de su amada; sin embargo, no pudo justificarse.

El dia siguiente á las ocho de la mañana, habia otra ejecucion en el mismo bosque de San Enrique.

Ostermann fué la segunda víctima, ó mejor dicho la tercera, de la DISCIPLINA MILITAR.

Creemos bastarán los precedentes hechos históricos para probar á las madres con cuánta razon aborrecen las quintas, y cuán interesante es á la sociedad entera el triunfo de las ideas democráticas basadas en la fraternidad universal, que hará de todo punto innecesarios los ejércitos.

Solo en los aciagos tiempos de tiranía son útiles esos costosos regimientos de fuerza armada para avasallar al pueblo, y verificar esas persecuciones sangrientas que hemos descrito ya, y vamos á completar en los próximos capítulos.

